

MIS RECUERDOS AGRADECIDOS SOBRE EL P. NAVA

MARI PAZ ÁLVAREZ

Tengo que remontarme, en mis recuerdos personales, al año 1968, en Orense. Estábamos esperando al «Padre de Ejercicios» y me avisaron: «Pregunta por tí». Nada más verle me dije: «Es el hermano de Nicita», tan parecidos eran. Hacía muy poco que yo había recibido en León la visita de su madre y de su hermana y en el mismo Orense de sus dos hermanas. Nuestra primera conversación, por tanto, fue muy «familiar», porque aunque yo nunca había visto al P. Nava nos unía una gran amistad por la cercanía de nuestras viviendas en León, por ser militares su padre y mi abuelo, por los juegos de niñas en su casa, etc. (Él ya estaba en Comillas).

Aquellos Ejercicios marcaron el comienzo de una gran amistad que se afianzó con los años y que duró hasta su última enfermedad que seguí paso a paso. Su muerte me trajo a la mente grandes e inolvidables recuerdos.

Siempre me acompañó en los momentos más difíciles de la vida y también en los alegres y familiares con aquella «fina ironía» con la que pretendía «quitar hierro» (frase que empleaba mucho) a las situaciones conflictivas o penosas que es fácil sucedan.

Destacaría de todos estos años su fidelidad y amor a la Compañía. Su obediencia en momentos en los que los demás, de tejas abajo, podíamos pensar que era un disparate aceptar. Le vimos cercano a varios provinciales como Secretario, con una prudencia tal que jamás se le escapó ni el más pequeño detalle que no tuviera que manifestar.

¿Qué decir de su fidelidad a la Iglesia? Podíamos decir que como Santa Teresa, fue fiel hijo de la Iglesia, colaborando, también como Secretario del Nuncio en España en años no fáciles, ya que fueron momentos de grandes cambios para la vida eclesial y religiosa. Con el Nuncio le unía una gran amistad personal, y nunca lo sabremos, (aunque lo intuyó), por qué no fue a Roma cuando le distinguieron con un cargo importante en la Curia Vaticana. Sé que le habría gustado, pero no hizo ningún comentario que pudiera empañar ni la amistad ni la fidelidad al mismo.

Le tocó en algunos momentos «deshacer entuertos», y lo hizo con tal sencillez y deseos de ayudar que parecía que el favor se lo hacían a él; lo hacía con toda normalidad, aún aquello que parecía no tenía remedio.

Guardaba un gran recuerdo, amistad y cariño para los Jesuitas, Padres y Hermanos que le habían acompañado en aquellos momentos del cambio a Madrid desde Comillas y con ellos tuvo que emprender varias andaduras, ya que hasta llegar al Comillas de hoy el camino fue largo, arduo y difícil, como recordarán todos los que vivieron aquellos momentos.

Tenía unas ideas tan claras que te quedabas muy tranquila cuando tenías que pedirle te ayudara a resolver algún problema, sobre todo en su aspecto de moralista, no podía quedar duda cuando te aclaraba algún asunto, sobre todo cuando era más o menos escabroso. Sé que Provinciales de otras Congregaciones acudían a él en busca de soluciones, no siempre fáciles.

Su mente clarividente no la perdió en ningún momento. Cuando ya le llegó por la edad el cambio definitivo desde Comillas, tuvo muy claro que su lugar estaba en Salamanca y allí siguió trabajando con los Antiguos Alumnos y en la causa del P. Nieto a la que dedicó muchas horas de trabajo. No le importó aprender a manejar el ordenador y se le notaba la satisfacción cuando ya tenía todo el trabajo allí recopilado o todas las fichas de A.A., en algún documento. No tan joven tuvo que acudir a Santander varias veces precisamente para presentar los volúmenes sobre la causa del P. Nieto y allí entrevistarse con el Sr. Obispo, para después poder enviarlos a Roma para su aprobación. Eso ya no le importaba. Había hecho un concienzudo trabajo, el resto lo dejaba en manos de Dios.

Era muy fiel a su vida espiritual. Madrugaba mucho para rezar el Breviario y hacer la oración, seguida de la Santa Misa. Los E.E., fueron para él base y fundamento también de su espiritualidad, no dejando ni un día de los 10 que debía hacer, renunciando, si hacía falta, a días de vacaciones con su familia. En León, donde residía, tenía en San Isidoro sus grandes encuentros con el Señor Sacramentado, celebrando allí la Eucaristía y antes orando con su fervor característico que era todo sencillez, sin manifestaciones externas. Allí también le unía una gran amistad con el entonces Abad, D. Antonio Viñayo al que admiraba por sus conocimientos y saber.

También en León vivía intensamente la Semana Santa con la familia, ya que todos eran «papones», desde que nacían, de alguna Cofradía.

Conscientemente no hablo de su relación con la familia, porque me imagino que sus sobrinos, a los que quería profundamente hablarán de ello.

Yo más bien he hecho un esbozo de aquello que «vi», destacando esos aspectos (dejando otros): prudencia, fidelidad, amistad. Ahí queda englobada toda una vida dedicada a la mayor gloria de Dios y el bien del prójimo y ya habrá escuchado de labios de Jesucristo aquellas palabras: «Ven bendito de mi Padre, porque fuiste fiel en lo poco, pasa al banquete de tu Señor».